

EL SENTIDO Y EL SIGNIFICADO DE EDUCAR

María Dilia Micles Barrera*

RESUMEN

El presente documento se plantea como una introducción a la necesaria reflexión que debemos adelantar los educadores alrededor de la pregunta: ¿Qué tipo de persona queremos formar? En este sentido, abordo diversos planteamientos que consideran los ideales de la educación griega, las recomendaciones internacionales de la Unesco, propuestas de filósofos, intelectuales y líderes latinoamericanos. Pretendo, de esta manera, iniciar un diálogo que propicie múltiples intercambios en la perspectiva de construir, con autonomía, respuestas a este interrogante, en un horizonte que permita enriquecer la visión del ser humano y el papel de la educación y los educadores.

Palabras claves: Educación, formación humana, educabilidad, valores.

De manera tradicional las familias, comunidades y la sociedad en su conjunto han tenido ideales que orientan la formación de las actuales y nuevas generaciones. Algunos de estos ideales se plasman en documentos escritos ya sea de orden oficial o particular, en otros casos se transmiten oralmente. En general, estos ideales de formación se expresan en valores y principios, unos de carácter particular y otros universales.

Si se construyen estos ideales quiere decir que en algún momento se han formulado este interrogante¹: ¿qué tipo de persona queremos formar? En este interrogante se reconoce plenamente la educabilidad del ser humano; es decir, la manera como a través del proceso de interacción con otros, el ser humano puede ir desplegando, culti-

vando y afinando una serie de potencialidades y dimensiones que hacen parte de su esencia humana. Como diría Savater (1997), "nacemos humanos, pero eso no basta: tenemos que llegar a serlo". En este complejo proceso de humanización la persona recibe múltiples influencias, algunas con carácter permanente y otras transitorio, así como algunas intencionales y otras fortuitas.

Este proyecto humano que se inicia con los primeros episodios de socialización y abarca toda la vida, configura la identidad particular de cada uno al interactuar con la herencia genética y los demás factores culturales. El resultado de esta combinación nos hace únicos e irrepetibles, y en definitiva, determina qué tan positivo o negativo es nuestro paso por la vida. Siendo un hecho tan trascendental y cotidiano, parece inconcebible que no se realice desde la reflexión profunda y la experiencia acumulada.

En las sociedades antiguas, menos complejas e intercomunicadas que las nuestras, como en las polis griegas, se podía respon-

* Docente de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad del Magdalena.

¹ Sin embargo, este cuestionamiento generalmente no se formula de manera explícita y más bien subyace a las creencias, ideologías y culturas, lo que implica respuestas poco sistemáticas y compartidas.

der con cierta exactitud cuál era el ideal de persona; este ideal era aceptado por la mayoría y todos los esfuerzos se encaminaban a lograrlo. En Esparta era la formación cívico-militar que encarnaba la tradición homérica, el fin del proceso educativo y el ejercicio de la dureza y el rigor, los medios para encarnarlos. Igualmente en Atenas, el proceso formativo, sobre todo en la época de Solón, estaba orientado hacia el desarrollo del pensamiento y la palabra, para el ejercicio del poder.

Así, en cada uno de los grupos humanos con menor o mayor precisión, se fueron estableciendo parámetros, principios para orientar la educación y la interacción entre las distintas generaciones. A medida que el diálogo entre las culturas se diversificó y amplió, se introdujeron elementos nuevos, que transformaron, contradijeron o complementaron las visiones particulares. En la medida en que penetraron voces disonantes se hizo más complejo establecer ideales que recogieran los anhelos de todos y fueran compartidos por la mayoría.

A través de la historia, se repiten los momentos de confusión, esto es, de poca claridad, ya sea por parte de los gobernantes o de las personas particulares, frente a lo deseable para alcanzar una buena formación en el proceso educativo, lo cual impide el avance en la reflexión sobre el ideal de persona y por ende de sociedad a la que se quiere apostar. Sin embargo, siempre surgen visionarios que logran hacer propuestas, que aunque no se generalicen, se constituyen, en algunos casos, en referencias universales. Tal es el caso de Emmanuel Kant, en su escrito *¿Qué es la ilustración?*; allí plantea que el ideal de formación es lograr la ilustración, entendida como la emancipación de los tutores, la capacidad de pensar por sí mismo y ser autónomo: alcanzar la libertad

para usar la razón. Más recientemente, Rorty (1990) considera que el papel de las escuelas como instituciones encargadas de potenciar la educación es "crear ciudadanos ilustrados y pensadores independientes que puedan distinguir el bien del mal por sí mismos", esto es, que puedan ser críticos y ayuden a construir una nueva sociedad.

En la actualidad, los diferentes grupos humanos en menor o mayor grado reconocen el valor de pensar a fondo sobre el tipo de persona que se debe formar y la sociedad que deben construir; sin embargo, son tantas las teorías, las creencias y opiniones que se entrecruzan, tan variados los resultados, dependiendo de la complejidad y multidimensionalidad del ser humano, que resulta no sólo difícil sino imposible concebir el modelo ideal. A pesar de lo anterior, organismos como la Unesco convocan a notables personalidades de diferentes países y ocupaciones para que, en medio de la diversidad, se logre una cierta unidad en lo que podría denominarse los cimientos de la educación. Tales pilares como los denominan son: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser.

Se reconoce entonces, a la educación como un todo, superando visiones unilaterales anteriores o preeminencias de una dimensión sobre las demás. Esta consideración, al lado de la aceptación de la educación como un proceso que abarca toda la vida, constituyen dos aportes fundamentales para el avance en la construcción de una respuesta sobre el sentido y el significado de la educación en el mundo de hoy.

Por tanto, se considera que la educación tiene como "función esencial el desarrollo de la persona y las sociedades" (Delors, 1996), y es la forma más explícita para cumplir la tarea de transformar nuestro mundo en un lugar en el que todos podamos

vivir y cumplir nuestras metas, procurando ante todo el respeto, la justicia, la equidad, la armonía con el entorno y el avance en el conocimiento del mundo que nos rodea.

No obstante, cada vez se generaliza más el reconocimiento de la importancia y trascendencia de la educación y sobre todo de la educación institucionalizada, falta mucho interés por parte de los dirigentes para hacer posible que los procesos educativos se cualifiquen y lleguen a todos, procurando que cada vez más logremos transformarnos en verdaderos seres humanos comprometidos con nuestro propio crecimiento y el desarrollo de todas las potencialidades y talentos tanto en nosotros mismos como en los demás.

En el mar de incertidumbres en que vivimos parece que hemos construido una certidumbre que poco a poco se va posicionando: una persona bien educada se constituye en un "problema menos", frente a la infinitud de males que nos corroen: corrupción, violencia, insolidaridad y destrucción de los recursos naturales, entre otros. En la medida que haya acuerdos sobre lo fundamental en el proceso educativo y tengamos un proyecto de sociedad y de nación, avanzaremos con menor dificultad en la transformación de la realidad que hoy sufrimos.

Entonces, las preguntas serían, ¿cómo lograr una educación que posibilite el pleno desarrollo del ser humano en sus dimensiones física, cognitiva, comunicativa, afectiva, estética y valorativa?; ¿por dónde comenzar?; ¿a quiénes compete esa responsabilidad?; ¿cómo construimos el consenso sobre los ideales?; ¿cómo comprometer a la mayoría?; ¿cómo afrontar las rupturas que se requieren para pensar y/o actuar de manera distinta?. Sin lugar a dudas, en nuestro país, estos interrogantes y muchos más deben ser abordados de manera urgente, convocando a la reflexión a los académicos, pero tam-

bién a los ciudadanos comunes, a los niños y los jóvenes, quienes desde sus concepciones seguramente aportarán diversidad de apreciaciones e ideales, que analizados y puestos en común, pueden constituir respuestas acertadas que nos permitan salirle al paso a esta espiral de autoaniquilación y desesperanza en que vivimos.

Desde distintas perspectivas se elaboran propuestas, es así como desde la misión de ciencia, educación y desarrollo, plantea Gabriel García Márquez la necesidad de trabajar por una "educación inconforme y reflexiva, que nos inspire un nuevo modo de pensar quiénes somos en una sociedad que se quiera a sí misma. Que aproveche al máximo nuestra creatividad inagotable y conciba una ética y tal vez una estética para nuestro afán desaforado y legítimo de superación personal. Que integre las artes y las ciencias en la canasta familiar... Que canalice hacia la vida la inmensa energía creadora que durante siglos hemos despilfarrado en la depredación y la violencia, y nos abra una segunda oportunidad sobre la tierra...".

En el texto "Educación: la agenda para el siglo XXI" (Gómez, 1998), se propugna por una formación que permita insertarse efectivamente en la sociedad del conocimiento, caracterizada por el vertiginoso avance de la ciencia y la tecnología, una escuela capaz de articularse a las tres dimensiones de la globalización: económica, cultural y geopolítica; una sociedad que brinde igualdad de oportunidades para el acceso al conocimiento, que trabaje en contra de la exclusión y la segregación, que pueda construir una educación de calidad, que forme buenos ciudadanos, que prepare a las personas para seguir aprendiendo durante toda la vida y para el trabajo creativo.

En este mismo sentido, Rigoberta Menchú (Discurso en la Universidad de Guatemala,

1996), afirma que se "necesita formar integralmente a hombres y mujeres, llevar educación en todos sus niveles a los rincones más apartados, a los más olvidados... Se necesita educar hombres y mujeres sensibles, profundamente humanos y capaces de cumplir compromisos, lo cual significa educar desde otro sentido, desde la ética tan necesaria en una sociedad que se mueve contraria a los valores morales y hacia la deshumanización".

A partir de los innumerables aportes que desde diferentes culturas y concepciones podemos conocer, una de las tareas que tenemos como educadores es apropiarse una conceptualización, un discurso que construido y enriquecido colectivamente nos permita liderar la construcción de nuestra propia carta de navegación, inspirados en un ideario que oriente el diario vivir, en procura de alcanzar el desarrollo personal y social, que nos posibilite ser partícipes y protagonistas activos de la historia actual y futura, desde nuestra propia singularidad, pero articulados a las corrientes universales.

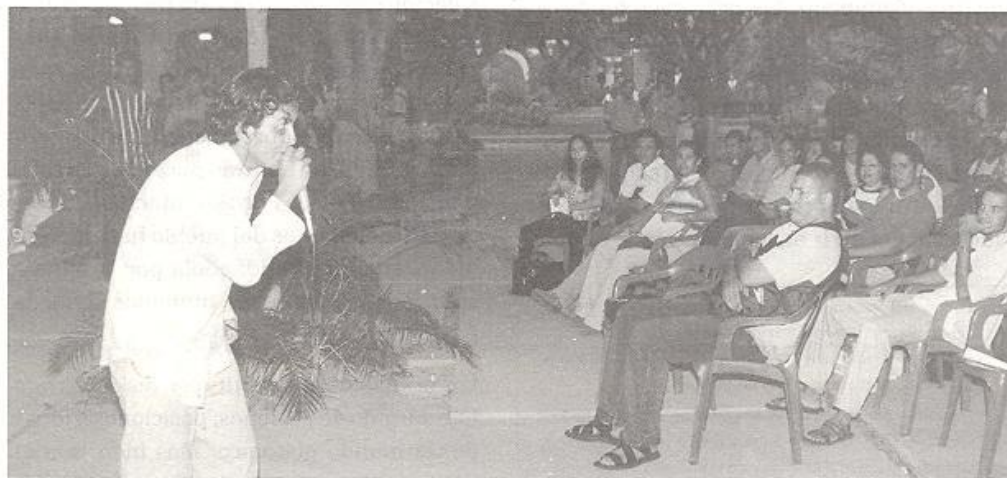
La tarea de reflexionar sobre los interrogantes planteados a lo largo del texto y otros que surjan de las propias vivencias, y sobre todo,

de una mirada crítica sobre el trabajo diario, podrían constituirse en elementos propiciadores de una movilización individual y colectiva que permita deconstruir y reconstruir el sentido y significado de educar. Es hora de pasar de la retórica en el lenguaje habitual y en los PEI: «formación integral», «ciudadanos de bien», «formación en valores», «formación para la paz», «conciencia ecológica» «espíritu investigativo», «creatividad»... A la comprensión y experimentación de estas propuestas a través de estrategias que permitan convertirlas en parte esencial del imaginario individual y colectivo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Delors, J. (1996). La educación encierra un tesoro. Bogotá: Tercer mundo-Unesco.
- García Márquez, G. (1995). Misión de ciencia, educación y desarrollo. Bogotá: Magisterio.
- Gómez Buendía, H. (1998). Educación: la agenda del siglo XXI. Pnud.Tm: Editores.
- Menchú, R. Discurso en la Universidad de Guatemala, octubre 18, 1996.
- Rorty, R. (1990). Educación sin dogma. Facetas, vol.2, 88.
- Savater, f. (1997). El valor de educar. Bogotá: Ariel.

Nota: Como se trata de iniciar un diálogo alrededor de esta temática, invito a los lectores a escribir sus apreciaciones y reflexiones al correo: maria.mieles@unimag.edu.co



Apoyo a la expresión escénica, celebración del día del Idioma por los estudiantes de Lic. en Lenguas Modernas. Universidad del Magdalena.